

EL MISIONERO, PERSONA DE ACCIÓN DE GRACIAS

Antonio Bravo *

Existe una estrecha relación entre la manera de orar y de llevar a cabo la misión. La oración inspira y anima desde dentro la acción del misionero; y la acción, por otra parte, remodela continuamente el diálogo vital con el dueño de la mies. Por ello es de capital importancia precisar el sentido y dinamismo de la oración del misionero, enviado en el Espíritu para dar testimonio de Jesucristo muerto y resucitado, a fin de conducir a los hombres a la obediencia de la fe y edificar la comunidad de los discípulos.

Siempre he considerado a los misioneros como personas admirables por su generosidad y fortaleza, sin ignorar por ello, claro está, las fragilidades inherentes a la condición humana. Sus vidas están dotadas de un profundo dinamismo, fruto de la gracia y del cultivo intenso de sus personas por parte de los institutos misioneros. Así pude constatarlo en África, Asia y América. Los intensos años de formación y una apasionada actividad apostólica han fraguado personalidades recias, con una espiritualidad consistente. El esfuerzo realizado para desarrollar nuevas perspectivas misioneras y una espiritualidad renovada, siguiendo las orientaciones del Concilio Vaticano II¹, ha sido considerable.

Pero en medio de tanta generosidad y fortaleza, me llamó la atención una cierta tendencia en un buen número de misioneros y misioneras a la crispación y al voluntarismo. Ciertamente, las situaciones de la población, entre las que vive y trabaja el misionero, no son fáciles de asumir. ¿Cómo resignarse ante la miseria que corroe la dignidad de tantos hombres y mujeres? Por otra parte, los problemas de la misión y de su orientación cuestionan muchas de las maneras de vivir y actuar del pasado. Una sensación de impotencia puede instalarse en el corazón del misionero, siendo caldo de cultivo para el voluntarismo y la crispación. Es la experiencia encontrada

* Antonio Bravo, sacerdote, Delegado Episcopal de Cáritas Española. Fue durante varios años Directo General del Prado. Trabaja pastoralmente en uno de los barrios de Madrid.

¹ «El futuro misionero debe prepararse con una especial formación espiritual y moral para empeño tan elevado. Debe tener capacidad de iniciativa, constancia para continuar lo comenzado hasta el fin, perseverancia en las dificultades, paciencia y fortaleza para soportar la soledad, el cansancio y el trabajo infructuoso. Se presentará a los hombres con espíritu abierto y corazón dilatado... Lleno de fe viva y de esperanza firme, sea el misionero hombre de oración...» (AG 25)

también por cuantos tratan de llevar adelante una nueva evangelización en las sociedades de antigua cristiandad. La cuestión es importante y merecería ser analizada con detenimiento, pero no es el momento de hacerlo. En estas reflexiones me limito a ofrecer una pequeña aportación, para que la generosidad y fortaleza de tantos misioneros y misioneras pueda ser vivida con esperanza gozosa.

He encontrado entre ellos hombres y mujeres de oración, pero seguían crispados y tensos. Al meditar en este fenómeno a la luz de la revelación, una convicción se ha abierto camino en mí: No basta con que el misionero sea una persona de oración, es preciso que su oración se enmarque en la acción de gracias de Cristo al Padre.

En todas las religiones se halla presente la petición y la acción de gracias. El hombre indigente suplica la intervención de la divinidad todopoderosa, pide los bienes que necesita. Si los consigue, volverá para dar gracias por los dones recibidos. Así se expresa el corazón religioso de la humanidad. Pero si volvemos la mirada a Jesús, el Hijo venido en la carne, y a los testigos apostólicos, la acción de gracias adquiere tonalidades muy diferentes. Ella se halla en la raíz misma de la petición, hasta el punto que la precede. El Hijo avanza y suplica desde la acción de gracias. «Padre, te doy gracias porque me escuchas siempre.» (Jn 11, 41) El Hijo vivía en el amor del Padre e irá a la cruz en la acción de gracias, como lo recuerdan los evangelios². Ve cómo el designio de la salvación se abre ya camino y, a pesar del dramatismo de la hora, pues es el momento en que va a ser entregado, bendice y da gracias al Padre. Jesús fue a lo largo de su vida un hombre eucarístico, un hombre de la acción de gracias, pues se hallaba enraizado en el amor paterno.

La acción de gracias hace que el creyente viva centrado en la bondad de Dios, el fundamento último de la oración de petición. La súplica del creyente está basada en la promesa divina. El orante se siente amado y confía su causa entre las manos de su Señor. Presenta su plegaria con libertad, con la conciencia de ser escuchado siempre, aun cuando la respuesta divina no corresponda con sus expectativas. También el Hijo fue escuchado cuando hizo el aprendizaje de la obediencia con gritos y lágrimas³.

El verdadero apóstol, en medio de las tribulaciones y de las situaciones dramáticas, no vive angustiado, pues inmerso en la fe, sabe que su causa se halla entre las manos de aquel que no dudó en entregar a su Hijo para la salvación de todos. En cualquier situación, el testigo de resurrección vive la acción de gracias, pues afirma con esperanza: «Por lo demás, sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman; de aquellos que han sido llamados según su designio.» (Rm 8, 29) Dios conoció y dispuso de antemano todo de acuerdo con la esperanza depositada en la creación: Es voluntad suya que todos se salven y lleguen al pleno conocimiento de la verdad. Y su voluntad es la energía y el poder de

² La Eucaristía es la acción de gracias al Padre en la víspera de su pasión. Y los evangelistas notan con sencillez y hondura: «Y cantando los himnos, salieron hacia el monte de los Olivos.» (Mc 14, 26) Eran los salmos del Hal-let, 113-118, cantos de bendición y de acción de gracias por la intervención liberadora de Dios en favor de los suyos.

³ cf Hb 5, 7-10. Jesús no fue librado de pasar por la cruz, pero sí lo fue arrancado del poder de la muerte y de la corrupción; su muerte fue transformada en causa de salvación para todos. Fue escuchado por su actitud reverente y exaltado para bien de la humanidad.

la resurrección presente y operante en la historia. Partiendo de la experiencia paulina, tratemos de descubrir un poco mejor el dinamismo que la acción de gracias imprime en la vida y acción del misionero.

I ACCIÓN DE GRACIAS Y ENVÍO

El misionero cristiano, conviene recordarlo, es, ante todo, enviado por Dios. Él lo elige, llama y envía como testigo de su designio de salvación, tal como ha tenido lugar en la Pascua de su Hijo. No es, en primer lugar, el propagandista de unos valores o el defensor de unas causas y proyectos que él mismo, en su generosidad, haya podido esbozar. El proselitista sectario, el conquistador o seductor de la gente, tampoco representa la verdadera figura del misionero. Dios lo envía como su colaborador, para que sea un signo de su presencia y cercanía en la historia, para conducir a la humanidad hacia su Hijo, para hacer de todas las gentes discípulos de Jesucristo, muerto y resucitado por la muchedumbre.

Obra ante todo del Espíritu Santo, la misión tiene su propia objetividad, sin por ello negar la impronta personal de cada misionero en el tiempo y en el espacio cultural de los pueblos. En la persona del apóstol, Dios se dirige a la libertad humana, más allá de los sentimientos y de la situación emocional de la persona, como se muestra en la conversión de Saulo. La fe arranca de un encuentro personal con el Resucitado, que para los discípulos de la segunda generación a través la mediación apostólica.

Todo esto exige del misionero ser consciente del don recibido, de la gracia de estar llamado a ser colaborador de Dios en la obra de la salvación. Si en su condición de criatura es colaborador del Creador, ahora es asociado de manera particular a la misión salvadora del Hijo venido en una carne semejante a la nuestra. Pues bien, quien toma conciencia de la elección para ser testigo de la salvación, necesariamente vivirá en la acción de gracias, pues experimenta la cercanía de Dios en su propia existencia apostólica. Es un punto importante para discernir si avanzamos como verdaderos misioneros en lo concreto de la vida.

Pablo, el apóstol de las gentes, fue un hombre de la acción de gracias, pues se sentía agraciado por el Señor. Su identidad apostólica y su trabajo de misionero los vivió como obra de la gracia y de la elección divina. Esto nadie puede ponerlo en duda. Veamos algunos momentos privilegiados.

En el camino de Damasco, el insolente perseguidor de la Iglesia, que era Saulo, hizo la experiencia de ser considerado digno de confianza, pues era elegido para llevar a judíos y paganos el nombre en quien todos podían recibir la salvación. El apóstol se vio rescatado del pecado y que se le confiaba el ministerio de la gracia. De esta experiencia singular se hacen eco estas palabras: «Doy gracias a aquel que me revistió de fortaleza, a Cristo Jesús, Señor nuestro, que me consideró digno de confianza al colocarme en el ministerio, a mí que antes fui un blasfemo y perseguidor insolente.» (1Tm 1, 12-13) La acción de gracias brota, pues, de la gracia inicial. La salvación y el ministerio son don, en modo alguno conquista humana. El camino de Damasco, es la manifestación de la cercanía y acción graciosa del Señor. Esta experiencia modela toda la existencia del apóstol, incluso en los momentos de contradicción y sufrimiento inherentes intrínsecamente al desarrollo de la misión. Es

una falsa ilusión pensar en los éxitos de la misión al margen de los sufrimientos y de las contradicciones. Pablo, en la segunda carta a los Corintios, expresa el drama de la misión en estos términos: «Llevamos este tesoro en vasos de barro para que aparezca que la extraordinaria grandeza del poder es de Dios y que no viene de nosotros. Atribulados en todo, mas no aplastados; perplejos, mas no desesperados; perseguidos, mas no abandonados. Llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes el morir de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Pues, aunque vivimos, no vemos continuamente entregados a la muerte por causa de Jesús, a fin que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. De modo que la muerte actúa en nosotros, mas en vosotros la vida.» (2Cor 4, 7-12) La lucha del misionero no es sólo con los de fuera, sino también con los de casa. Pablo dirigía estas palabras a una de sus comunidades. El discípulo no es más que el Maestro. Los misioneros de todos los tiempos han vivido momentos dolorosos. A los gálatas, escribía con dolor: «¡Hijos míos!, por quienes sufro de nuevo dolores de parto, hasta ver a Cristo, formado en vosotros.» (Gal 4, 19) Pero el apóstol, a pesar de su temperamento apasionado y fuerte, no daba muestras de crispación ni de voluntarismo. Su vida estuvo marcada por la acción de gracias. Tenía clara conciencia de hallarse en el cortejo de los triunfadores, mientras los enemigos de Dios y del hombre se hallan en el cortejo de los vencidos. Y esto no era mérito suyo, sino don de la iniciativa divina.

En el marco de la segunda carta a los Corintios, que acabamos de citar, se encuentra este significativo texto: «¡Gracias sean dadas a Dios, que nos lleva siempre en su triunfo, en Cristo, y por nuestro medio difunde en todas partes el olor de su conocimiento! Pues nosotros somos para Dios el buen olor de Cristo entre los que se salvan y entre los que se pierden: para los unos, olor que de la muerte lleva a la muerte; para los otros, olor que de la vida lleva a la vida. Y ¿quién está a la altura de esto?» (2Cor 2, 14-16) Consciente de hallarse en el cortejo⁴ del Cristo vencedor de la muerte y del pecado, Pablo avanzó en la acción de gracias, pues veía en su cuerpo y a través de su apostolado la victoria de Cristo, sin por ello dejar de compartir los sufrimientos de éste. La comunión en la muerte de Cristo es la condición para participar en su gloria.

Por otra parte, el apóstol ve ya cómo los adversarios de la misión se hallan ya despojados de su fuerza. «Y a vosotros, que estabais muertos en vuestros delitos y en vuestra carne incircuncisa, os vivificó juntamente con él y nos perdonó todos nuestros delitos. Canceló la nota de cargo que había contra nosotros, la de las prescripciones con sus cláusulas desfavorables, y la suprimió clavándola en la cruz. Y, una vez despojados de los Principados y las Potestades, los exhibió públicamente, incorporándolos a su cortejo triunfal.» (Col 2, 13-15) El apóstol avanza, en su ser y quehacer, desde el triunfo de Cristo, desde el acontecimiento de la resurrección de Jesús de entre los muertos. Es el fundamento de su fe y de su acción de gracias. La intervención definitiva de Dios ha tenido lugar ya en la historia. El triunfo nos pertenece y se nos ha dado. El poder de Dios ha entrado en la historia

⁴ Siguiendo una imagen militar, Pablo vive la misión como signo e instrumento del triunfo de Jesús en su pascua. Cristo resucitado avanza en el mundo como lo hiciera un general victorioso al entrar en la ciudad imperial. El hombre ha sido liberado y las potestades de este mundo han sido despojadas de su poder. La cruz se ha convertido en el signo de la victoria. Esa es la verdad que le sostiene en la misión y le hace vivir en la acción de gracias. El apóstol está llamado a proclamar la victoria de Cristo muerto y resucitado a través de su vida y testimonio.

y el misionero es testigo y colaborador de la energía singular que el Padre desplegó en el Espíritu Santo al resucitar a Jesús de entre los muertos.

La cercanía de Dios, la experiencia creyente de encontrarse en el cortejo de los triunfadores, hace que el misionero ni sea agresivo ni viva angustiado en medio de las dificultades. La fe le hace entrar en la objetividad de la historia, dentro de la cual se halla operante la energía de la resurrección, de su gracia⁵; y esto hace que el apóstol no se paralice ante las dificultades ni pierda coraje en los sufrimientos de la misión. La acción de gracias conduce a una acción intensa y confiada. Más todavía, al sentirse incluido en el cortejo victorioso de Cristo, el apóstol lleva con alegría los trabajos de la misión: «Y aun cuando mi sangre fuera derramada como libación sobre el sacrificio y la ofrenda de vuestra fe, me alegraría y congratularía con vosotros. De igual manera también vosotros alegraos y congratulaos conmigo.» (Fil 2, 17-18) La gozosa esperanza del misionero tiene su origen en la comunión con el Hijo venido en la condición de siervo para dar la vida en favor de la muchedumbre. Por tanto, la acción de gracias en la vida del apóstol se manifiesta como la expresión de una conciencia lúcida. Su vida y acción se hallan enraizadas en el triunfo de Cristo resucitado, en la cercanía de Dios Padre, que lleva la propia causa del apóstol. No es el apóstol el valedor de la causa de Dios, sino éste quien elige, guía y consolida la misión del testigo⁶. Habiendo experimentado el amor y la confianza de Dios, el misionero avanza con la tenacidad y obediencia del siervo filial, sin conocer el desánimo o el miedo de quien se queda en la relación entre la inmensidad de los problemas de nuestro mundo y sus propias fuerzas.

II FIDELIDAD DE DIOS Y ACCIÓN DE GRACIAS

La acción de gracias en el misionero, por otra parte, brota de la contemplación de la fidelidad de Dios en la vida de los discípulos. En lugar de quedar bloqueado ante las dificultades y límites de los suyos, el apóstol de las gentes descubría cómo Dios conducía su plan salvador llevado a cabo en su Hijo hacia la plenitud mediante la acción del Espíritu Santo.

Escribiendo a la comunidad de Corinto, marcada por graves desordenes y pecados, el apóstol no queda prisionero de la infidelidad de los santos; pues el amor fiel y comprometido de Dios permanece. A los santificados en Cristo, a los llamados a ser santos, Dios les da todo cuanto necesitan para entrar en el reino del Hijo amado. Su gracia no fallará nunca: «Doy gracias a Dios sin cesar por vosotros, a causa de la gracia de Dios que os ha sido otorgada en Cristo Jesús, pues en él habéis sido enriquecidos en todo, en toda palabra y en todo conocimiento, en la medida que se ha consolidado entre vosotros el testimonio de Cristo. Así, ya no falta ningún don de la gracia a los que esperáis en la revelación de nuestro Señor Jesucristo. Él os fortalecerá hasta el fin para que seáis irrepreensibles en el Día de nuestro Señor Jesucristo. Pues fiel es Dios, por quien habéis sido llamados a la

⁵ En el apóstol, la gracia de Dios trabaja de forma extraordinaria, sin caer en el voluntarismo de una generosidad no evangelizada todavía, como le ocurriera ya a Moisés, cuando pretendió liberar al pueblo esclavo con sus solas fuerzas. Pablo escribe: «Mas por la gracia de Dios soy lo que soy; y la gracia de Dios no ha sido estéril en mí. Antes bien, he trabajado más que todos ellos (los apóstoles). Pero no yo, sino la gracia de Dios que está conmigo.» (1Cor 15, 10)

⁶ La cuestión aparece ya en la vida del rey David. Éste quiso construirle una casa a Dios, pero el profeta le hará saber que sucederá lo contrario, como podía deducirlo de toda su existencia. Ver 2Sam 7, 1-17.

unión con su Hijo Jesucristo, Señor nuestro.» (1Cor 1, 4-9) Dios, en efecto, no permitirá que la obra que él ha comenzado sea arrasada o aniquilada, sino que velará sobre ella y la conducirá a su plenitud en Cristo. Los creyentes, por tanto, pueden avanzar con fe y confianza, pues saben que la fidelidad de Dios triunfará sobre su propia infidelidad.

El apóstol verdadero desarrolla su misión sobre el fundamento sólido de la fidelidad de Dios. Por ello avanza desde la fe y no sólo desde la generosidad. La falta de acción de gracias es la expresión de un ministerio llevado más a partir del hombre que de la gracia. Pablo recuerda cómo Dios ha enriquecido a los creyentes en Cristo Jesús con su gracia soberana.

Pero debe constatarse con lucidez: los bienes dados por Dios en Cristo a la comunidad creyente, no siempre responden a las expectativas de quienes buscan el prestigio y las riquezas de este mundo, como era el caso de algunos miembros de la Iglesia presente en Corinto. Hoy se repite esto mismo, pues algunos reducen la misión de la Iglesia al terreno de la justicia y de la acción solidaria entre los pueblos. Ciertamente, la evangelización conlleva la lucha por la justicia y la solidaridad entre los pueblos y las personas, pero no puede reducirse a ella. La fuente y meta de la evangelización se hallan en Dios que envió a su Hijo al mundo, para conducirnos a la comunión de la nueva y eterna alianza. Cuando el misionero no vive la misión como colaboración con Dios, nada de extraño si brota en él una cierta crispación y acritud. El desánimo o el voluntarismo le acechan a la puerta.

En la noche de la misión, Jesús podía bendecir, dar gracias y exultar en el Espíritu, pues contemplaba cómo el Padre daba a conocer a los sencillos y pequeños de este mundo su verdadera identidad filial (cf Mt 11, 25-27; Lc 10, 21-22). Ni el éxito ni el fracaso impedían al Hijo vivir en la acción de gracias. Pablo, en perfecta comunión con el Resucitado, hizo la misma experiencia. Puesto que Dios está por el hombre, sólo la libertad de éste puede rechazar el don de la salvación. La Palabra hecha carne no vuelve al Padre sin producir el fruto esperado. Ha entrado en la historia y la conduce hacia su plenitud aun cuando ignoremos el cómo.

La confianza apostólica no está basada en los medios o métodos, sino en la acción fiel y amorosa de Dios. Si el Señor declaró necio al que acumuló riquezas para descansar en ellas, con mayor razón serán declarados insensatos los servidores del evangelio que tratan de apoyarse en sus propias fuerzas. Cuando Pablo pidió hasta tres veces ser librado de sus fragilidades, el Señor le contestó: «Mi gracia te basta, que mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza.» (2Cor 12, 9). La auténtica acción de gracias del apóstol, por tanto, no brota de sus éxitos, sino de la fe en la fuerza de Dios actuando en la debilidad propia y ajena. Pero esto supone caminar en el tiempo y al ritmo de la libertad de Dios y de los hombres, en la fe de los pobres y sencillos de corazón. El misionero, y esto cuesta entenderlo en lo concreto de la vida, no tiene unos objetivos predeterminados como el propagandista de una doctrina o de unos planes y valores. Recibió el encargo de dar testimonio de Jesucristo muerto y resucitado, como el único nombre en el que el hombre puede ser salvado. Para llevar adelante el testimonio fue ungido con el Espíritu de santidad, verdad y libertad. No le corresponde a él fijar los momentos de la libre adhesión de la fe. Se podría, en última instancia, programar la expansión de unas creencias religiosas, no así el testimonio de Jesucristo muerto y resucitado, aun cuando deba

reflexionarse sobre la pedagogía a seguir para entrar en diálogo con los hombres y mujeres de una cultura determinada, para inculturar el evangelio de la gracia. Pero los frutos dependen de la libertad de Dios y de la libertad del hombre. Esta es la realidad aun cuando cueste entenderla, pues a las personas les motivan los resultados. Ciertamente, Jesús dijo a los suyos: «la gloria de mi Padre está en que deis mucho fruto, y así seréis mis discípulos» (Jn 15, 8), pero los frutos de la gracia tienen lugar a través de un proceso muy diferente a los resultados que se producen mediante la acción de la publicidad y del proselitismo. El apóstol sabe que Dios da el crecimiento, que el fruto de los sarmientos proviene de la vid, y por ello permanece en su comunión.

La súplica e intercesión por las comunidades formaba parte del ministerio apostólico y, en consecuencia, de la tarea del misionero. El apóstol recomendó hacer «plegarias, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres; por los reyes y por todos los constituidos en autoridad», pues la voluntad de Dios es que «todos los hombres se salven y lleguen al pleno conocimiento de la verdad.» (1Tm 2, 1-8) Pero en Pablo, la súplica e intercesión para que sus comunidades progresaran en el conocimiento, discernimiento y compromiso de amor, iba precedida de la acción de gracias. «Doy gracias a mi Dios cada vez que me acuerdo de vosotros, rogando siempre y en todas mis oraciones con alegría por todos vosotros a causa de la colaboración que habéis prestado al Evangelio, desde el primer día hasta hoy; firmemente convencido de que, quien inició en vosotros la buena obra la irá consumando hasta el Día de Cristo Jesús.» Y añade el apóstol: «Y lo que pido en mi oración es que vuestro amor siga creciendo cada vez más en conocimiento perfecto y todo discernimiento, con que podáis aquilatar mejor para ser puros y sin tacha en el Día de Cristo, llenos de los frutos de justicia que vienen por Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios.» (Fil 1, 3-11)

A la luz de la experiencia apostólica, reflejo de la oración misma del Hijo enviado por el Padre, se ve cuán estéril es la posición de quienes contraponen la oración de petición a la oración de la acción de gracias. Como acabamos de ver, la acción de gracias es fundamento y principio de la oración de súplica e intercesión. Puesto que Dios está cercano, y su compromiso de amor conduce todo hacia el Día de Cristo, hacia el pleno triunfo de Cristo en la historia, el misionero da gracias y súplica que la vida de los hombres esté en plena sintonía con el designio divino de la salvación. La acción de gracias y la petición arrancan en el misionero de contemplar a Dios presente y activo⁷ en el corazón de las personas y en la comunidad. La acción de gracias desarrolla la conciencia de la iniciativa divina; la súplica e intercesión recalca la necesidad del apoyo de Dios para seguir avanzando en la verdad de Dios, sin volver a la esclavitud de la que nos liberó la Pascua del Hijo.

Elegido y enviado por Dios, el misionero debe avanzar como si viera al invisible, pues, como lo recuerda la fe bíblica, Dios bajo con Israel a Egipto, cuando éste no era más que una familia, y de Egipto lo hará salir como pueblo numeroso para establecer con él una alianza. El misterio de la encarnación redentora revela

⁷ El descanso de Dios tras la obra creadora, en modo alguno es ausencia o abandono del mundo. Jesús respondía a los judíos que le acusaban de haber curado en sábado, día del descanso, con palabras tan significativas como estas: «Mi Padre trabaja siempre y yo también trabajo.» (Jn 5, 17) el Dios y Padre de Jesucristo no es un Dios ocioso. Su descanso es un compromiso de amor en favor de sus hijos, en particular de los pobres y desvalidos. Descansar en Dios, por tanto, es para el misionero una llamada a caminar al servicio de los hijos dispersos.

que el Hijo único entró en la carne, para que la humanidad entera fuera salvada en esperanza y entrase así a compartir la herencia filial. Este es el tiempo en que Dios prosigue su obra de recapitular todo en la carne transfigurada o espiritual, como se prefiera, de su Hijo resucitado como primogénito de la creación y de los muertos. El misionero cree y colabora con Dios en su obra salvadora. Por ello da gracias e intercede en favor de la humanidad entera.

III SEMILLAS DEL VERBO Y SIGNOS DEL ESPÍRITU

Si damos un paso más en nuestra reflexión, descubrimos hasta que punto la oración del misionero determina su acción y encuentro con las personas y culturas a las que es enviado por el Padre para darles a conocer a su Hijo muerto y resucitado. En efecto, cuando se pierde de vista el dinamismo de la acción de gracias, el misionero tiende a ignorar todo el trabajo que el Verbo eterno y el Espíritu de santidad han realizado ya antes de su llegada. El Evangelio de Dios es una fuerza de salvación que está ya actuando en el corazón de la humanidad antes de que llegue el misionero.

El Concilio Vaticano II insta a los misioneros a caminar en el dinamismo de la encarnación, esto es, a insertarse en la marcha de los pueblos y culturas con el afecto con que Cristo se unió a las condiciones sociales y culturales de los hombres con quienes convivió (AG 10). Luego da un paso más y les urge en estos términos: «familiarícense con sus tradiciones nacionales y religiosas; descubran, con gozo y respeto, las semillas de la Palabra que en ellas se contiene», sin que ello sea obstáculo, claro está, para despertar en los hombres «un deseo más vehemente de la verdad y de la caridad revela por Dios.» Y los padres conciliares concluyen: «Como el mismo Cristo escudriñó el corazón de los hombres y los llevó con un coloquio verdaderamente humano a la luz divina, así sus discípulos, inundados profundamente por el Espíritu de Cristo, deben conocer a los hombres entre los que viven y conversar con ellos para advertir en diálogo sincero y paciente las riquezas que Dios, generoso, ha distribuido a las gentes, y al mismo tiempo han de esforzarse por examinar estas riquezas a la luz evangélica, liberarlas y reducirlas al dominio de Dios Salvador.» (AG 11) Quien realice este trabajo de escucha, discernimiento y liberación, la acción de gracias brotará de manera espontánea en su corazón. Dios jamás abandonó al hombre en su caminar. La salvación en Jesucristo, el Espíritu la fue interiorizando en toda carne, aun cuando nosotros no sepamos cómo. La acción del Espíritu conducía desde el inicio de la creación a todo hombre a la Pascua del Hijo, aun cuando esto resulte sorprendente y no alcance el hombre a comprender la forma concreta de su actuar. Pero la realidad y la verdad superan con creces las capacidades del ser humano. El misionero lo sabe y se pone al servicio del anhelo inscrito por la gracia en el corazón inquieto del hombre. El murmullo del Espíritu en cada ser humano y la acción del Padre atrayendo todo hacia su Hijo, se convierten en motivo permanente de la acción de gracias del misionero⁸.

⁸ En esta nueva perspectiva de la misión de la Iglesia en el mundo, es interesante releer este texto conciliar: «Cristo murió por todos, y la vocación suprema del hombre en realidad es una sola, es decir, la divina. En consecuencia, debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de sólo Dios conocida, se asocien a este misterio pascual.» (GS 22) Por tanto, el enviado en misión está llamado a ser un auténtico contemplativo para discernir los caminos por los que el Espíritu conduce a los hombres a entrar en comunión con la Pascua del Hijo, incluso más allá de la economía sacramental.

Todo esto supone que la misión se viva con una profunda interioridad, en una actitud permanente de acción de gracias. Cuando los misioneros no veían más que las semillas del maligno en las culturas, la misión fue pensada de manera un tanto agresiva, no siempre se daba el espacio necesario a la libertad humana. En ocasiones, un celo mal orientado pudo llevar a usar la fuerza para evangelizar a los pueblos. El Concilio Vaticano II rectificó esa manera de entender la acción evangelizadora. Pero otro peligro nos acecha hoy: comprender la misión desde las perspectivas del compromiso secular y humanista, esto es, anteponer la lucha por la justicia y por la transformación del mundo al mismo anuncio de Jesucristo muerto y resucitado. De esa forma, se pierde de vista la misión como colaboración con la acción del Espíritu que precede, acompaña y prosigue nuestra acción en el tiempo y en el espacio. Entonces, conviene notarlo, surgirán con fuerza las tentaciones de la crispación y del voluntarismo humanista. La misión perdería su originalidad y el misionero se convertiría en un noble actor social, quizás admirado por todos, pero sin la fuerza de la propuesta propia de los testigos de Jesucristo muerto y resucitado.

Para muchos, Pablo resulta en nuestros días un tanto desconcertante, pues se le reprocha no haber incidido bastante en las cuestiones sociales de la época, como en el caso de la esclavitud. Su moral, se dice, es bastante tributaria de ciertas corrientes filosóficas. Pero se olvida, que el objetivo principal de apóstol no es el cambio de una cultura determinada, sino el anuncio de Jesucristo muerto y resucitado⁹ a los hombres como sujetos y actores de la propia cultura. Ellos serán, una vez hayan dado su adhesión de fe al Hijo, promotores de nuevas relaciones humanas, religiosas y ecológicas.

El misionero, testigo enviado por Dios, está animado interiormente por el Espíritu, pues obra suya es el anuncio existencial de Jesús como Señor¹⁰. Y, por otra parte, la acogida del testimonio apostólico en el centro vital del creyente es también obra del mismo Espíritu. Con toda razón se ha dicho que el Espíritu es el protagonista trascendente de la misión. La acción del misionero está llamada a desarrollarse en dependencia y sintonía con el obrero invisible del proceso evangelizador.

Si el Espíritu precede la llegada del misionero en el corazón de las culturas y de las personas, éste debe estar atento para descubrir y discernir los signos de su presencia, para celebrarlos en la acción de gracias y para secundar su acción con su actividad apostólica. Esto supone educar la mirada y el oído, así como renunciar a programas rígidos de acción. La tarea primordial del misionero es ser pies, manos y labios de los que se sirva el Señor para proseguir su obra en el hoy de la historia. La acción misionera, cuando ignora el protagonismo del Espíritu de Dios, corre el peligro de menospreciar grandes riquezas; es como si su acción partiera de un punto cero, cuando en realidad el Verbo ya estaba trabajando en el silencio de la noche y

⁹ En esta perspectiva es interesante releer este espléndido testimonio: «Yo, hermanos, cuando fui a vosotros, no fui con el prestigio de la palabra o de la sabiduría a anunciaros el misterio de Dios, pues no quise saber entre vosotros sino a Jesucristo, y este crucificado. Y me presenté ante vosotros débil, tímido y tembloroso. Y mi palabra y mi predicación no tuvieron nada de los persuasivos discursos de la sabiduría, sino que fueron una demostración del Espíritu y del poder para que vuestra fe se fundase, no en sabiduría de hombres, sino en el poder de Dios.» (1Cor 2, 1-5)

¹⁰ cf 1Cor 12, 3

del desierto. Es preciso amar la totalidad de la persona. Los hombres pueden ignorar al Dios y Padre de Jesucristo, pero él los conoce y ama desde toda la eternidad en su Hijo. El Espíritu actúa ya en ellos para conducirlos a la Pascua. El misionero se pone al servicio de la obra que Dios comienza y consuma en las personas mediante el don del Espíritu.

Cierto, quienes no han oído de forma explícita el mensaje apostólico, desconocen la presencia del Espíritu en sus vidas. La salvación obra ya en ellos, pues en la carne de Cristo y en su obediencia, la libertad humana era sanada para la fe y el verdadero conocimiento. La tarea del misionero consiste precisamente en dar testimonio que la creación ha sido salvada en esperanza¹¹. Dios ya depositó el germen del reino en el corazón del mundo. La Iglesia lo sabe y lo proclama bajo la luz y fuerza del Espíritu de la verdad.

Cuando el misionero consagra tiempo a la escucha y contemplación de los signos del Espíritu en la vida de los hombres a los que fue enviado, su petición estará bañada en la acción de gracias. Entonces deja de pedir éxitos en su misión, para suplicar con humildad agradecida la dicha de colaborar en la obra de la salvación.

Por otra parte, el misionero no se angustia por el futuro de su obra, pues encomienda sus comunidades, como lo hiciera Pablo, «a Dios y a la Palabra de su gracia» que tiene poder para edificarlas y conducir las a la plenitud¹². También Jesús, al salir de este mundo, confiaba a los discípulos al Padre de quien los había recibido¹³. Si el Espíritu de Dios precedió la acción del misionero, él la llevará también a término. Puede dar gracias de antemano, pues su entrega y esfuerzo producirá en el tiempo oportuno fruto abundante y duradero.

CONCLUSIÓN

Si la bendición pone de manifiesto la actitud de asombro y reconocimiento del hombre ante la grandeza y belleza de Dios, la acción de gracias brota, ante todo, de palpar la cercanía y compromiso de amor de Dios por el ser humano. El misionero, consciente de ser obra y don de la gracia salvadora, vive la existencia y actividad evangelizadora con la clara conciencia de hallarse asociado a la acción del Espíritu que le precede, acompaña y perpetúa en la historia. Enraizado en la Pascua del Hijo, cree y sabe que su acción participa de la misma fecundidad del grano del trigo caído en el surco de la tierra. Su vida, en consecuencia, se desarrollará en la alegría y la acción de gracias, pues se reconoce como el buen olor de Cristo, vencedor de la muerte y del pecado.

Esta inclusión en la acción de la Trinidad santa en favor de los hombres, en particular de los más vulnerables y débiles, hará que el misionero viva con la conciencia de estar entre las manos del Señor, pues ha recibido la gracia de ser asociado a la obra salvadora. Entonces la actividad, palabra y plegaria del misionero se despliegan en el dinamismo de los pobres y humildes, es decir, en la audacia y aplomo de los testigos guiados por el Espíritu de la verdad y de la libertad. Nada

¹¹ cf Rm 8, 18-27

¹² cf Hch 20, 32

¹³ cf Jn 17, 1-26

contribuye tanto a la crispación paralizante y al voluntarismo estéril, como el olvido del protagonismo del Espíritu del Padre y del Hijo en la misión. Dios acredita, sostiene y defiende a sus testigos en la historia. Pensar que el testigo, elegido por gracia, acredita o defiende a Dios como el verdadero, es una perspectiva errónea.

En el marco de la acción de gracias, la petición e intercesión adquieren su hondura y significado. Inmerso en la solicitud amorosa de Dios por los hombres, el misionero pide que el Espíritu se sirva de él como de un instrumento adecuado y que en los oyentes encuentre un corazón receptivo a su acción. A través de su plegaria se une a la voluntad de Dios, que quiere que todos se salven y lleguen al pleno conocimiento de la verdad, a través del único Mediador, Jesucristo